

Parsons y Campion, que toleraban los mismos padecimientos que los demás y los que les eran personales, hallaban, en esta interminable serie de fatigas, los consuelos de que tenia necesidad su apostolado. Veian que era acogida con avidez su enseñanza; que se apetecia el Calvario, dándose el parabien de poder subir á él á cada instante; que el pueblo y los señores de la mas encumbrada jerarquía se precipitaban gustosos en el silencio de la noche á los oscuros retiros en que ellos se refugiaban, y que allí, á la manera que lo hacian los antiguos cristianos en las catacumbas de la antigua Roma, se disponian sus neófitos al martirio, enfervoriéndose con el fuego de la inspirada elocuencia de Campion, y esto era para ellos el colmo de la ventura. En una carta de junio de 1581 tributa esta justicia el Dr. Allen á ambos Jesuitas: «Los Padres, dice, han ganado mas almas en el transcurso de un año en Inglaterra, que las que hubieran podido ganar en cualquiera otra parte durante toda su vida; se cree que hay diez mil católicos mas que el año pasado.»

Y no es este el único testimonio que, además de los documentos judiciales, justifica los felices resultados de esta mision, pues si se ha de dar crédito á Ricardo Smith<sup>1</sup>, decia un canónigo de Cádiz, prisionero en Inglaterra: «No hubiera consentido en trocar mi desgracia por un capelo de cardenal, porque he conocido entre los ingleses lo que es un verdadero católico, y entre estos últimos he adquirido el convencimiento de que la fe brilla mas donde reina la persecucion.»

Los católicos de Londres necesitaban los consejos de Parsons, y el Jesuita acudió á sus instancias; mas cuando llegó á saber que no cesaba el poder de acriminar sus intenciones, atribuyéndolas unos planes enteramente contrarios al objeto de la Compañía de Jesús, se decidió á publicar la declaracion que en union de Campion habia redactado en el momento en que el edicto del 15 de julio los designaba como fautores de complots. Luego que vió la luz pública esta declaracion, se extendió por todo el reino, siendo acogida como un acto de lógica y probidad en la universidad de Oxford, donde Campion habia dejado aun entre los Protestantes no pocos entusiastas y admiradores de su ciencia. En medio de los odios de partido, ejercia aun la controversia un as-

<sup>1</sup> Ricardo Smith, *Epistola dedicatoria de la vida de Magdalena, vizcondesa de Montaigú.*

cediente irresistible en los genios estudiosos; verdad es que no se buscaba la verdad, pero se admiraban con complacencia los rasgos de talento: el genio de un adversario vencido venia á ser un trofeo para la opinion triunfante. Por otro lado, los que hasta entonces habian dudado de la presencia del Jesuita en Inglaterra se hallaban ya convencidos, é hicieron llegar á sus oidos el deseo de los Católicos y Protestantes, que se reunian para empeñarle á componer una obra respecto á las materias que se discutian.

A principios de abril del año de 1581 vió la luz pública el opusculo intitulado: *Las diez Razones*<sup>1</sup>, al que uno de los mas eruditos escritores de la época, Antonio Moreto, llama<sup>2</sup> *un libro de oro, verdaderamente escrito por la mano de Dios*, y Camden, el historiógrafo adulador de Isabel<sup>3</sup>, confiesa que *es una composicion encantadora, aunque femenina*. Esta obra firmada por un proscrito, y trazada por la pluma de un Jesuita, tenia tal perfume de delicadeza y de erudicion, que si en la primera lectura conquistó los votos de todos los hombres ilustrados, en Oxford produjo un saludable efecto de reaccion en favor de los Católicos. Los predicantes de la herejía, viendo que nada tenian que oponer á la dialéctica vigorosa al par que apacible del Jesuita, contestaron á sus doctrinas, haciendo de este libro un negocio de Estado, y denunciándolo como basa de la trama urdida entre el Papa y el rey de España para asesinar á la Reina. No siendo posible atenuar ó negar el efecto producido, resolvieron vengarse en el autor, promulgando nuevas ordenes mas rigurosas aun que las primeras, para apoderarse á toda costa del P. Campion.

Practicáronse simultáneamente en Londres, en la noche del 29 de abril, visitas domiciliarias en las casas de todos los sugetos sospechados de afectos al catolicismo, penetrando á viva fuerza en sus moradas. En ninguna de ellas hallaron á los Jesuitas; solo fue sorprendido Alejandro Briand, cuyo estado descubrió el cáliz que en su casa hallaron. Condenáronle al momento á la tortura; hicieronle sufrir los tormentos del hambre y la sed, y le introdujeron varias agujas por las uñas, interrogándole á cada nuevo mar-

<sup>1</sup> Este libro habia sido impreso á veinte millas de Londres, en la morada de Juan Stonar y de su familia.

<sup>2</sup> *Libellus aureus*, vero digito Dei scriptus.

<sup>3</sup> Camden, *Annales regni Elisabeth*, etc., 1580.

tirio, por el asilo en que se hallaban ocultos Parsons y Campion : «No os lo diré, contestó, y no porque lo ignore; los he visto y aun «he habitado bajo su mismo techo, pero podeis hacerme sufrir «cuantos suplicios os sugiera vuestro encono, porque nada ha- «beis de sacar de mí.»

En esto, se presentó al secretario de Estado Walsingham, cierto sugeto, que, después de haber abjurado la religion católica, se ha propuesto entregar los ministros al verdugo, si el Gobierno quiere aceptar sus condiciones. Estas eran muy duras para la moral y la justicia del país. Jorge Elliot habia añadido á otros crímenes el robo y el asesinato; pero habia resuelto descubrir á Campion, y para dar una sancion á su promesa, ofreció de antemano la cabeza de un sacerdote, su bienhechor, llamado Juan Payne. Walsingham no tardó en suscribir á las condiciones que le dictó Jorge, y mientras esperaba la ocasion de saber el paradero del Jesuita, concedió la vida al delator, una fortuna en perspectiva, y como prenda del mercado, murió Juan Payne en el patíbulo. Desde entonces pasó Elliot á ser un personaje de consideracion á los ojos de Isabel, que le proveyó de credenciales, ordenando á los gobernadores de sus provincias que obedeciesen á las instrucciones que les intimase; y en seguida se puso en camino el nuevo Judas inglés, sin plan fijo, sin indicios ciertos, y aun sin presunciones, abandonándose al acaso, y esperándolo todo de él.

Roberto Parsons presentia alguna calamidad; para alejar su efecto mandó al P. Campion que se retirase al condado de Norfolk, en donde solo conocian su nombre. La familia Yates, que habitaba el castillo de Lyford, hacia ya tiempo que deseaba recibir las instrucciones del Jesuita; obtuvo este de Parsons el permiso de visitar á aquellos caballeros cuya morada, sita á cincuenta millas de Londres, venia á ser una ciudadela del catolicismo; y como su itinerario le conducia precisamente hácia aquel paraje, aprovechándose de las veinte y cuatro horas que su colega le habia otorgado, llegó al castillo, consoló á sus moradores, y estando para marcharse le suplicaron varios fieles del canton que se dignase consagrarlos el domingo, deseo á que no pudo resistirse Campion.

Aquel mismo dia, 16 de julio de 1581, se presentó Elliot á la puerta del castillo de Yates. Un fiel servidor de la familia habia

estado en relaciones con él, cuando pasaba por hombre honrado, y el renegado le habla del placer que experimentaria en asistir á los sagrados misterios; y creyéndolo aquel de buena fe, le introdujo en la capilla, donde el sacerdote que veia en el altar y el que en la cátedra de la verdad hacia descender después las bendiciones del cielo sobre sus oyentes, era el Jesuita que buscaba, el mismo Campion. No queriendo perder tiempo el infame Judas, marcha á la ciudad vecina, reúne las tropas necesarias, y vuelve á toda prisa á Lyford; ya el castillo se hallaba próximo á ser sitiado cuando el hijo de Ignacio exclama con una calma heroica: «Yo soy únicamente al que buscan: no permita Dios que sean los «demás envueltos en mi ruina por culpa mia;» y sin mas sale solo con ánimo de entregarse á los agentes de Isabel. Madama Yates, á quien la persecucion habia enseñado el arte de ocultar á los proscritos, haciéndoles en algun modo invisibles, trató de oponerse á un sacrificio que seria un borron á su valor y al de sus parientes; y sabedora de que existian algunos asilos impenetrables en las paredes, en los rincones de los aposentos y en los troncos de aquellos árboles seculares, asilos que habian salvado mas de una vez á varios sacerdotes, trata de salvar en uno de ellos al Jesuita que obedece á su voz, que la emocion del peligro hace mas persuasiva.

Elliot comienza sus pesquisas, y se pasa el dia sin resultado alguno; emprende al siguiente nuevas pesquisas, sin que fuesen mas felices que las del anterior: retirábase ya desesperado, cuando de repente, al bajar la escalera, toca como por acaso en el muro con un instrumento de hierro, y despide aquella un sonido hueco, y Elliot ordena un nuevo registro. Cae la pared á los impulsos de las mazas, aparece Campion con las manos levantadas hácia el cielo con otros dos eclesiásticos que habian compartido su refugio, y que iban á compartir su cautividad.

Isabel hizo cantar su victoria por ese populacho desenfrenado que, de tiempo inmemorial, no ha sabido hacer otra cosa mas que ultrajar al infortunio é infamar al vencido. Campion era para ella un enemigo personal, al paso que, á los ojos de la plebe de Londres, identificaba el principio de la unidad católica que su reina habia destrozado, y el de los soberanos extranjeros que, segun les decian á los ingleses, trataban de esclavizar á su patria. El sábado 22 de julio, en el momento en que se daba principio al

mercado, llegó el convoy á las puertas de la ciudad, entre una gritería preparada de antemano de entusiastas vivas á Isabel, y de atroces injurias al Jesuita. Con las manos atadas á la espalda y los piés agarrotados con gruesos cordeles, venia colocado el Padre sobre el corcel mas alto de la escolta; y para designarle mejor como objeto de la gritería y de los golpes, se leia en su sombrero en caracteres gigantescos: *Edmundo Campion, Jesuita sedicioso*. Ostentaba este un semblante risueño á la muchedumbre por la que oraba; la cual empero, por uno de esos sentimientos que consuelan á la humanidad, aun en medio de una orgía semejante de la fuerza, cambió súbitamente la cólera del pueblo, y pasando de la crueldad á la justicia, se dirigió hácia otro objeto. Quiso Elliot disfrutar de su triunfo, mezclándose para ello con el populacho, y este olvida al delatado para infamar al delator; elévase de pronto un clamor general, mas no ciertamente contra Campion, sino contra el infame Judas.

Este, que no habia contado con semejante recompensa, y viendo que Walsingham no se dignó en adelante cumplir sus brillantes ofertas, contentándose con arrojarle algunas monedas en clase de limosna; después que por otro lado se vió hecho el blanco del desprecio general, de abatimiento en abatimiento y de ignominia en ignominia, vino á parar en una degradacion tan profunda, que aun en vida fue devorado por los gusanos.

El Jesuita, sin embargo, acababa de ser encerrado en la torre de Londres, donde el conserje de esta prision de Estado le colocó en uno de aquellos calabozos subterráneos, en que ni era posible tenerse en pié, ni aun echarse, sin juntar las rodillas con el pecho. Así transcurrieron nueve dias, hasta que en la noche del 2 de agosto le condujeron al palacio de Roberto Dudley, conde de Leicester y favorito de la Reina, á quien asistian el conde de Bedford y dos secretarios de Estado. Luego que el prisionero se halló en presencia de los cuatro caballeros, que quizás eran los que habian amotinado á la plebe contra él, se respetaron lo bastante para respetar al Jesuita y para tratarle con las consideraciones debidas á la conciencia y al talento: todavía se hallaba el pueblo reservado por esta vez para desempeñar el papel de insultador.

Ordenóle Leicester en nombre de la Reina, que le confesase con toda franqueza, cuál era la mision que á Parsons y á él les habia confiado el Papa. Campion contestó con tanta claridad, que hizo

que interviniese otro personaje; era la reina Isabel. Las gracias de la juventud habian cedido el puesto en su semblante á los cuidados alarmantes del trono y á esa ambicion que tan rápidamente consume la belleza; con aquel tono de autoridad que afectaba casi siempre, como para ostentar á todo el mundo que circulaba verdaderamente por sus venas la sangre de los Tudor, se dirigió hácia Campion, y como si hubiese querido ratificar su legitimidad con la anuencia del encausado: «¿Me creéis verdaderamente reina de Inglaterra? le dijo.»

El Jesuita hizo un gesto afirmativo. «¡Pues bien! replicó con aquel acento particular que solia dar á cada una de sus palabras: «os ofrezco la vida, la libertad, la fortuna, la grandeza y los honores si consentís en servirme.»

— «Seré siempre vuestro súbdito, contestó el Jesuita; pero antes de inglés soy cristiano y católico.»

Retiróse Isabel al escuchar esta contestacion, y pasados algunos dias fue introducido el P. Edmundo en la sala baja donde se torturaba. Hé aquí las cuestiones que los magistrados le propusieron.

«¿Por órden é instigacion de quién y con qué fines habeis venido á Londres? ¿Quiénes son los sugetos que os han ayudado en vuestra empresa y os han provisto de alimentos? ¿Cómo habeis hecho imprimir el libro de *Las diez Razones*? ¿Dónde y en presencia de quién habeis celebrado la misa? ¿Quiénes son los individuos que habeis convertido del calvinismo á la religion católica? ¿Qué pecados tenian los sugetos á quienes habeis confesado? ¿Cuál es vuestra opinion íntima, en bien ó en mal, respecto á la bula de Pio V?»

El potro, los magistrados y los verdugos, todo se hallaba dispuesto, cuando el Jesuita rompió el silencio para contestar á una sola pregunta: «Entre las cosas que me interrogais, les dijo, hay algunas que un hombre honrado y mucho mas un sacerdote no debe jamás escuchar; pero voy á contestar respecto á una de ellas, por permitírmelo así mi conciencia: yo mismo he remitido al sacerdote Johpson y á Tomás Pond mi opúsculo de *Las diez Razones*.»

Los personajes citados por Campion hacia ya tiempo que se hallaban presos, así es que nada descubria de nuevo á los inquisidores ingleses; y como el potro estaba dispuesto, le aplicaron á

la tortura<sup>1</sup>, que sufrió dos veces en el intervalo de ocho dias<sup>2</sup> sin proferir una sola queja.

Cuando los Césares llamaban á los primeros cristianos á discutir con los sacerdotes de sus ídolos sobre las bases en que apoyaban su creencia, no trataban, por medio de anticipadas torturas, de enervar la inteligencia de los adversarios del paganismo; verdad es que el martirio era la única recompensa de su sinceridad, pero mas generosos al menos los emperadores romanos que el anglicanismo, les permitian defender sus creencias y aducir sus argumentos con toda la energía de su voluntad. Cuando creyó este último al Jesuita casi exánime por la tortura, protestó bajo la fe del juramento que no le habian sometido á ella; y para dar cierta tintura de veracidad á su aserto, le sacaron al momento del calabozó conduciéndole á la iglesia parroquial que formaba parte del edificio de la Torre, donde debía ser interrogado. Ya el dean de San Pablo, Alejandro Nowell, habia creído prepararse un triunfo fácil. Habia dispuesto de antemano con Day, rector del colegio de Eton, el acta de acusacion contra el papismo y la Compañía, ordenando sus textos y sondeando el terreno de la discusion; habíanse distribuido además los papeles con tanta parcialidad que, segun refiere el *Diario de la Torre de Londres* del 31 de agosto de 1581, no le quedaba á Campion ni aun el derecho de tomar la ofensiva, permitiéndosele únicamente parar los golpes. Rodolfo Sherwin, que habia salido de Roma con el objeto de secundarle, apenas habia puesto el pié en Inglaterra, cuando fue arrestado en 14 de noviembre por los agentes de Isabel.

Así es que Campion fue conducido solo y casi exánime ante una asamblea completamente hostil. No era un enemigo capaz de bairse el que presentaban á la reunion, sino un católico á quien esperaban anonadar. Cuando pareció en la tribuna, enseñó, sin proferir una palabra, sus magullados miembros: elocuente testimonio de sus padecimientos y debilidad. Opton, el lugarteniente de la Torre que se hallaba presente, al observar esta muda acusacion que resaltaba sobre él y sus jefes, exclamó como para re-

<sup>1</sup> El potro, entre los ingleses, era idéntico al que usaban los antiguos. Ligábanle al paciente de piés y manos, tendido cuan largo era, y tirando en seguida en sentido opuesto llegaban hasla dislocarle los huesos, siendo muchas veces la muerte el término de este suplicio.

<sup>2</sup> *Diario de la Torre de Londres*, con fecha de 31 de agosto de 1581.

chazarla: «Apenas se os ha tocado.— Pues yo puedo hablar de «esto con mas certeza que vos, replicó el Padre, puesto que vos «no habeis hecho sino mandarlo;» y sin ocuparse mas de sus padecimientos, entró de lleno en la discusion.

Fue esta tan acalorada y la sostuvo Campion con tal elocuencia, que después de haber anunciado Nowell y Day que duraria cuatro dias enteros, se contentaron con la primera prueba. Viendo Opton que el Jesuita habia vencido, trató de transformar la victoria en apostasia, afirmando bajo palabra de cristiano y de caballero, al paso que prodigó los mas pérfidos elogios á la facundia de su antagonista, que sometido este al potro habia revelado cuanto se deseaba saber de él, siendo acusado de esta manera el Jesuita en lo interior de un calabozo, y aun por sus mismos interrogadores, de divulgador de los secretos de la confesion y de la hospitalidad. Este hecho está mencionado en los Anales del protestante Hollinghsead; y el baron Hundson, testigo ocular de las torturas aplicadas al Jesuita, declara en sus *Memorias*, que al salir de este espectáculo no pudo menos de decir: «Primero se «dejará este hombre arrancar el corazon en vida, que cometer «una indiscrecion reprobada por la caridad ó por su conciencia;» y poco después escribia el P. Luis de Granada<sup>1</sup>:

«Y lo mismo hicieron con los otros sacerdotes que con él fueron presos, con determinacion que si ellos descubriesen algun «hombre principal católico, dijese que el P. Campion lo habia «descubierto para hacerlo con esto odioso á los Católicos.»

Pond, que vigilaba desde lo interior de su calabozo por el honor de la Compañía, apenas llegó á sus oidos la noticia de que el P. Campion se habia constituido en delator, descubrió un medio de comunicarle sus recelos; mas no tardó en recibir la siguiente contestacion del Jesuita: «Siento en mí el valor suficiente, y es- «pero tener la fuerza necesaria para no dejarme arrancar de los «labios, por mas torturas que inventen, la menor palabra que «pueda perjudicar á la Iglesia de Dios.»

Isabel queria la abjuracion ó la cabeza de Campion; y habiendo interceptado su agente Opton la carta del Padre, fue un motivo suficiente para que los secretarios de Estado se apoderasen de la frase citada, para deducir que formaba parte del complot tramado contra sus dias. El 18 de setiembre fue llamado Campion á la are-

<sup>1</sup> Introduccion al Símbolo, 5.<sup>a</sup> parte, c. 23.

na de la discusion con dos nuevos adversarios, los doctores Folke y Good, que habian reemplazado á los anteriormente vencidos. Los escritores anglicanos guardan silencio respecto al resultado de esta segunda controversia; únicamente Camden, mas verídico en esto, confiesa la tortura, contentándose con decir<sup>1</sup>: «Arrastrado al lugar de la discusion, después de haber sido atormentado en el potro, sostuvo no sin trabajo la esperanza que habia excitado.» Parecióle tan irresistible la palabra del Jesuita al conde de Arundel, hijo del duque de Norfolk, que asistia á esta sesion, que sin vacilar un momento se declaró católico. Campion habia triunfado aun por esta vez de sus adversarios, y el Dr. Allen, que seguia paso á paso los progresos que hacia en Inglaterra la fe, en una carta fechada en Reims el 18 de octubre de 1581, corrobora el hecho en los siguientes términos:

«Cuantos estábamos en Londres nos lamentábamos del arresto del P. Edmundo; pero no podia, en verdad, segun el dictámen general, suceder cosa mas feliz y admirable en favor de la propagacion de la unidad católica, puesto que habiendo citado á los catedráticos mas sabios para que luchasen con él, siempre salió triunfante, como así lo confiesan sus mismos adversarios.»

Desde el palenque de la controversia pasaba el Jesuita á la tortura, porque los verdugos de Isabel le hacian expiar en los suplicios sus triunfos teológicos; pero ni los dolores mas agudos eran capaces de arrancar un solo grito al mártir, ni arrebatában un ápice á la serenidad de su alma; antes bien cantaba el *Te Deum* cuando la tortura dislocaba sus miembros. En los archivos del Escorial se lee en una carta dirigida á Felipe II por D. Bernardino de Mendoza, su embajador en Londres<sup>2</sup>: «Muchos han visto los dedos del P. Edmundo, á quien arrancaron las uñas.» Y nótese de paso, que era el jefe de la Inquisicion el que recibia semejantes despachos desde el país de la libertad por excelencia; los ingleses acusaban al rey de España de lesa humanidad, y su ministro en Inglaterra vituperaba su crueldad en aquellas cartas, que al leerlas Felipe II debió compadecerse verdaderamente de estas inconsecuencias que el grave historiador Enrique de Sponde

<sup>1</sup> Equileo admotus et postea ad disputandum promotus expectationem concitatam aegre sustinuit. (*Annales regni Elisabeth*, etc.).

<sup>2</sup> *Cartas de Pedro Serrano*, 4 de diciembre de 1581.

deja conocer. «Los tormentos de la Inquisicion, dice<sup>1</sup>, que tanto propalan los Protestantes, eran flores y rosas comparados con los que ellos hacian sufrir á los sacerdotes católicos.»

Debemos sin embargo hacer justicia á la ley inglesa: el modo que se observaba en los procedimientos criminales era bueno en sí; pero como sucede en todas las instituciones humanas, empezaron á introducir en él graves abusos: el jurado no fue mas, respecto á las materias religiosas y políticas, que una comision nombrada por el Gobierno, que pertrechada en sus pasiones ó cálculos, daba una sentencia formulada de antemano, y en la que solo se salvaba la forma legal, á pesar de no existir entre los individuos que la componian un juicio dictado por la conciencia.

El 14 de noviembre comparecieron Campion y sus compañeros Sherwin, Bosgrave, Risthon, Kirby, Tomás Coltan, Jonhson y Enrique Hottam á la primera sumaria hecha contra ellos. Todos se proclamaron inocentes de los crímenes de felonía y rebelion, añadiendo el primero de los encausados: «¿Podrán hallarse en Londres ó en Inglaterra doce hombres de una probidad tan perdida que se atrevan á juzgarnos á los ocho acusados que estamos en vuestra presencia y á declararnos culpables de una conspiracion urdida entre nosotros, siéndo así que jamás nos hemos hallado juntos en un mismo lugar, y que la mayor parte no nos hemos visto hasta ahora?» En seguida, impulsado por la vivacidad de su carácter y el ardor de su fe, añadió Sherwin: «Aquí lo que se trata es de condenarnos como adictos á la religion católica, y no como á presuntos criminales de Estado.»

Dos dias después comparecieron ante el mismo tribunal los seis sacerdotes Briand, Saort, Richardson, Filby, Colington y Juan Hard, y el 20 de noviembre se abrió el gran salon de Westminster para la última informacion y para el juicio. Hé aquí las seis preguntas que dirigieron á los acusados:

1.<sup>a</sup> ¿Debe ser reputada como jurídica y válida la sentencia fulminada contra la Reina en la bula de Pio V?

2.<sup>a</sup> ¿Creeis que Isabel es la legítima reina á quienes los ingleses están obligados á obedecer, no obstante la bula de Pio V, ó cualquiera otra que el Papa haya expedido ó pueda expedir contra ella?

3.<sup>a</sup> ¿Tiene el Papa autoridad para excitar á los súbditos de la

<sup>1</sup> *Annales ecclesiastici*, ad annum 1581, núm. 10.

Reina á tomar contra ella las armas; y los que obedezcan semejante órden serán culpables ó inocentes?

4.<sup>a</sup> ¿Puede el Papa, séase cual fuere la causa, absolver del juramento de fidelidad á los súbditos de la Reina, y en general á los de cualquiera otro príncipe cristiano?

5.<sup>a</sup> ¿Os parece que el Dr. Nicolás Sanders, en su libro *De visibili monarchia Ecclesiae*, y el Dr. Ricardo Bristow, en la obra *De rationibus ad fidem catholicam amplectendam moventibus*, enseñan y defienden la verdad ó el error?

6.<sup>a</sup> Si el Papa por medio de una bula ó por cualquiera otra sentencia, declarase á la Reina privada de su potestad, y á sus súbditos absueltos del juramento de fidelidad, y viniese en seguida por sí ó por otros á atacar el reino, ¿qué partido debería tomar el acusado ó cualquier leal súbdito inglés?

Campion contestó en nombre de todos:

«Paréceme que no son esas las cuestiones que se deben proponer ante este tribunal; lo uno, porque se halla establecido para pronunciar sobre hechos materiales, y de ningun modo para sondear el pensamiento; lo otro, porque debe proceder por vías jurídicas testimoniales, y no de un modo inquisitorial; y últimamente, porque solo en las universidades, y de catedrático á catedrático, es donde se deben suscitar estas discusiones, y sostenerlas con argumentos sacados de la sagrada Escritura ó de los Santos Padres. Por otro lado, entre los que debieran juzgarme por mis respuestas, no veo ni un solo teólogo ó literato, y por lo tanto nada tengo que explicar.»

El fiscal y otro de los miembros que componian el jurado insistieron porque declarase al menos si era Isabel la verdadera y legítima reina de Inglaterra: «Lo he dicho delante de ella cuando fui llamado á su presencia en casa del conde de Leicester, replicó;» y continuando su discurso, añadió:

«Si á todo trance deseais encontrarnos criminales de lesa majestad, ¿por qué no examináis nuestros actos, las funciones del sacerdocio que acaban de ser reconocidas como crímenes de Estado por uno de vuestros recientes edictos? En ese caso, estoy seguro de que ninguno de cuantos aquí estamos presentes tardará en confesarse culpable.»

Los consejeros de la corona no querian descender á este terreno: condenar á unos sacerdotes católicos por haber ejercido su

ministerio no entraba en la tolerancia de Isabel. La Reina virgen no ansiaba saciar su sed en la sangre de los mártires, porque temia la censura de la historia, y así se contentaba con mandar al patíbulo á los conspiradores que atentaban contra su vida. Queríase hacer desaparecer jurídicamente al sacerdote para no ofrecer á los ojos de Inglaterra y á los del mundo entero mas que la espada del asesino; subterfugio cruel y miserable calumnia, que puede muy bien ofuscar la razon de los contemporáneos, pero que jamás podrá alucinar á la posteridad. Después de haber estudiado nosotros todo este proceso célebre, y aun después de haber consultado á aquellos escritores que compusieron los anales del reinado de Isabel y bajo sus mismas inspiraciones, nos hemos llegado á convencer de que el Jesuita y sus coacusados no habian tramado complot alguno contra los dias ni contra el trono de Isabel, y que fueron procesados como regicidas por la sola razon de ser sacerdotes. En las deposiciones de los testigos se menciona una conjuracion *papista* urdida en Roma, Reims y Madrid; pero le falta la demostracion material, y por otro lado nó resulta la mas ligera apariencia de prueba moral contra Campion y los demás sacerdotes.

Empero, esto no impidió que pronunciasen la sentencia de muerte; sentencia que no puede ser excusada por un error, porque era imposible. Condenó porque en todas las revoluciones esos magistrados de un dia no son sino hombres de pasiones ó degradados. En materias políticas el juicio por jurados solo prueba una cosa: si declara la culpabilidad, se granjea un enemigo en el acusado; si perdona, es á los ojos del público su amigo ó su cómplice. Aun hay mas: para establecer la realidad acerca del hecho, no basta á la historia una de esas sentencias que todos los gobiernos y todos los partidos pueden formular; no basta decir: El hecho existe; es preciso que la conviccion sea puesta en claro, y que se apoye en la verdad. En el que nos ocupa, ni presuncion hay siquiera.

Los mártires, porque desde esta hora Campion y los sacerdotes juzgados con él merecen sin duda este glorioso título, luego que oyeron leer su sentencia, se levantaron todos, y guiados de un impulso de cristiano júbilo, cantaron: «Triunfemos y regocijémonos en este dia que ha hecho el Señor.»

La llegada de Juan Bodin, abogado y diplomático francés, que